El Día De La Despedida

Insula Ulloa

Capítulo 1

Amaneció soleado; pero no duró mucho, los cielos transformaron a la ciudad, en el día más lluvioso que alguien se puede imaginar. La lluvia obligaba a bailar a los arboles de lado a lado, a las personas a salir corriendo bajo los tejados de las edificaciones. El agua se deslizaba por las calles, las limpiaba vertiginosamente. Lo extraño, y que la gente comentaba en cada esquina por la que se podía cruzar, - mientras se guardan de la lluvia, - es que no llovía hace mucho tiempo, los cielos hace meses se habían visto iluminados por el resplandeciente sol. Y la lluvia había permanecido agazapada en los días sin dar atisbo de su existencia, hasta hoy. Parecía que la represión de la lluvia movió en el firmamento una tempestad que saltaría a la tierra de inmediato. Pues los cielos se obscurecieron, y las gotas, estrellándose con el suelo duro mojaban todo a su paso.

Se podía especular entonces que, se aproximaba una mala temporada; la tierra temblaba y llovía a cántaros. Por estos días, habría que preocuparse por esto, pero la falta de visión humana, se situaba en una caja secreta imposible de abrir. Así que siguieron como si nada pasara. Como si los días no cambiaran: consumidos por su trabajo conservador y monótono, no les importo el aviso de la naturaleza que carcomería la tierra en menos de nada. El aviso se había hecho, pero no había observador para este. La atención de los transeúntes se posaba en las banalidades de la época; moda, belleza, estatus social.

Con estos acontecimientos el predecir de la realidad no podría ser bueno, pero nadie se imaginaba esto, y si lo hacía, lo tomaban con burlesca sensación. Cualquiera pensaba que el invierno se avecinaba débilmente, pero la verdad es que se acercaba con su mejor arma, y no traería, como se tenía pensado, paz al final de cuentas. Las cuentas no se saldarían y la tormenta arrasaría con todo en su camino.

Días pasados por la ciudad había temblado, y en cada presentación de este temblor, se hacía más eminente, más potente, más fuerte. Los edificios se movían como la gelatina, las personas se aturdían de los nervios. Pero luego todos al ver cómo pasaba el temblor, se tumbaban de la risa o preocupados contaban su expriencia: cómo se veían las cosas en donde se encontraban, cómo su mente lo había tomado, etc.

Las personas iban y venían huyendo del agua, como si quemase. Y muy en el fondo el agua quema, la lluvia ahoga, y el temblor deja en manos de la destrucción todo lo que se ha venido construyendo con esmero.

La noche cayó con una de sus últimas tormentas, muchos en bicicleta, otros a pie, otros en el trasporte público; muchos de estos llegaron a empapar sus vestimentas coloridas. Dejando sus pechos fríos, sus manos heladas, sus rostros tiesos; la lluvia había de nuevo dado con su mejor golpe a la ciudad.

Cualquiera pensaría que, al amanecer ya pasarían estas anormalidades sobre los cielos, y estos se despejarían sin mas. Olvidando la consecuencia en sí. Y que al otro día, al salir de nuevo el sol, las cosas seguirían tan casual como siempre. Pero la situación fue otra… La situación, dejaría al mundo con la boca tan abierta, que la madíbula se destrozaría.

El día siguiente media población bajo los muros incontenibles de los estrictos edificios, polvo en el aire capitalino. Desespero en las ciudades, sin medios de comunicación, solo ruinas y disturbios naturales. Tierra por todos lados, y los que pasaron la prueba de la muerte, corrían desequilibradamente llorando, tumbados en el suelo. En el asfalto la sangre corría, el horror lo precenciaba lo vivo, lo ojos se hacían el sentido más aturdidor y traumante.

La ciudad había temblado caóticamente hasta tumbar casi toda la estructura colosal que ya tenía. En la noche, mientras todos estaban refugiados en sus camas. Por los cielos pareció planearse este atentado a los pobres humanos indefensos, y pasando mas o menos una hora después de la media noche, el mundo tembló, llovió y se sacudió. Dejó a estos miserables sujetos de la mano de la soledad y la tristeza. De la muerte y la agonía.

La intranquilidad, la impaciencia, el abrumo; ver todo por los suelos, mientras gritos de ayuda, pasaban como balas de ametralladoras sobre todos los lugares, donde la catástrofe puso su huella. Dejaba una sensación nauseabunda.

Era incontenible no llorar, todo el mundo lo hacía. En su rostro se dibujaba el sufrimiento, que había causado la destreza de la naturaleza, pero antes de esta, la mano del hombre, que tanto da, a todas las cosas, igual quita, a todas las cosas. Algunos pasaban en pijama descalzos, con las manos cubriendo su rostro. Habían cantidades de personas en los suelos derramando su sangre caliente, yéndose por las alcantarillas hasta hacerse uno con las heces humanas. La situación desde los aires hubiese sido la película perfecta del fin del mundo.

Toda esta ciudad nunca se reconstruiría desde las bases que tenía, estás tierras pasarían a contar otro pasado, y la historia de su futuro pendía de aquel presente desastroso, que cualquiera habría opinado innecesario. Pero la madre de la naturaleza, sin justificación humana sabe cómo hace sus cosas. Lo contrario de la mano humana, que no sabe cómo guía las

cosas.

Había pasado ya casi el primer día, y nadie sabía a dónde iba a parar a todo esto, muchos morían por la negligencia de la atención que se les servía, nadie era experto, los expertos ya veían la vida desde otro plano; el de la muerte.

Niños muertos debajo de los edificios iluminados por las constelaciones, que detallaban el desastre. La luz de la ciudad se había ido, y la luz de la luna y las estrellas se posaba dando al fin el silencio a los muertos. La paz que nunca tienen los vivos. Las madres no paraban de llorar, en nombre de sus amados hijos. Y los hijos no paraban de gritar en nombre de sus amadas madres.

No había autoridad, solo había desangelo. En las calles no se podía respirar y algunos ya en busca del último suspiro, tomaban este aire envenenado y caían ante la devastadora muerte que se lleva todo a la vez. Viejos, pobres, ricos, altos y bajos, todos al mismo tiempo cayendo bajo el letargo del sufrimiento o de la muerte; cortante y distante, tan alejada de los placeres que nos enseña la vida. La medicina, los médicos, los profesionales de la salud, también habían ya perdido la vida en esta encrucijada inesperada de la naturaleza, y quienes cuidaban de aquellos que en vida palidecían gritando ya la muerte, lo hacían desde el lado empírico del conocimiento. Tratando con vendas, con sueros y lo que se encontrase por el camino, que pudiera alargar la vida a estos humanos miserables. La ciudad quedaba bajo una cúpula de polvo que asfixiaba a los desafortunados ciudadanos. Nadie ya podía ver ahora los cielos nocturnos, ya que el fuego se posicionó en la capital, y el humo se extendió en las alturas hasta su área límite. La ciudad quería arder. Arboles alrededor, dejaban que el fuego alcanzara las alturas y pudiese ver la ciudad perderse en el olvido… Hasta que todo se calcinó, y cualquier cosa vista antes, quedaba bajo el manto de las cenizas. Todo había perdido su sentido estético, nada era reconocible, y parecía una marea infinita de sufrimiento en la cual el olor a quemado, dejaba las narices intoxicadas, y la mente perdida en el dolor. El fuego se alimentó tanto como pudo, borró ferozmente la existencia de todos aquellos seres felices, infelices, trastornados y asqueados por la misma vida. Lo que se llamaba vida ahora se llama muerte. Y lo que se llama muerte se llamará presente, en el cual el viento moverá las cenizas hasta limpiar el cardumen de piedras y escombros que bajan de las montañas y los altibajos de la ex-ciudad. Y a fin la ciudad volverá a ver la luz del sol, y el sol se sorprenderá por no ver a la ciudad.